

La enseñanza de la historia en talleres para adultos mayores: entre el saber académico y la experiencia de vida

por *Martín Rivadero Paiva* | UBA
y *Sebastián Sosa* | UNLu

Resumen

El presente trabajo se inscribe en el marco de un proyecto que consiste en la intervención didáctica en forma de talleres por parte de graduados y estudiantes de la carrera de Historia de la UBA dentro del Programa Hogares de Día para adultos mayores en la Ciudad de Buenos Aires. La propuesta de los talleres, surgida en el año 2003 como respuesta al creciente interés del público no especializado por la historia, reside principalmente en conectar el mundo académico con los diferentes sectores de la sociedad, en nuestro caso, específicamente con adultos mayores. El vínculo con este actor social permite establecer un tratamiento dialógico entre el discurso histórico producido en los medios universitarios y las experiencias de vida, como así también con la concepción colectiva del pasado edificada en otras épocas en función del sentido de la historia y la forma en que ha sido transmitida por anteriores procesos educativos. Esta actividad pedagógica, que significa también una novedosa modalidad de hacer historia, conforma el marco de una dinámica dialéctica del saber que reconfigura colectivamente la visión del pasado y nos permite comprender mejor los elementos de conocimiento histórico que circulan socialmente y se hacen parte del imaginario.

Palabras clave

Saberes, historia, adultos mayores, taller.



The teaching of history in workshops for older adults: between academic knowledge and life experience

Abstract

The current paper takes part on a project that consists on didactic intervention in the form of workshops performed by students and graduates in History from the U.B.A. in the Household Day Program for senior people in the city of Buenos Aires. The proposed workshops, born in 2003 in response to growing public interest non-specialists in History, lies primarily

in connecting the academic world with the different sectors of society, in our case, specifically elder people. The link established with the social actor above mentioned is based on a dialogue between the historical discourse produced by the academy and the life experiences, as well as the collective perception of past times built depending on the sense of history of that time and how has been reproduced by previous educational processes. This educational activity, which also means a new method of making History conforms the framework of a dialectic dynamic of knowledge that collectively reconfigures the vision of the past and allows us to better understand the elements of historical knowledge that circulates on society and become part of its imaginary.

Keywords

Knowledges, History, elder people, workshop.



Presentación.

Los talleres de historia para adultos mayores¹ forman parte de un conjunto de experiencias pedagógicas que incluyen también talleres de narrativa y comunicación llevados a cabo por estudiantes y graduados de la Universidad de Buenos Aires. Estas actividades educativas se enmarcan y desarrollan en el Programa Hogares de Día dependiente de la Subsecretaría de Tercera Edad del Ministerio de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.²

El propósito de esta comunicación es presentar una singular modalidad educativa, explicar su funcionamiento y desarrollo, y su intervención en el conocimiento histórico como una nueva forma de reconstrucción del pasado.

Para dicho objeto, expresaremos primero algunos aspectos de la situación de los adultos mayores enmarcada en las transformaciones socioculturales del último cuarto del siglo XX y los comienzos del siglo XXI. Luego, nos centraremos en el sentido de la educación para este grupo etario, focalizando en la enseñanza de la historia y en los talleres como práctica de la misma, detallando su concepción, metodología y dinámica. Por último, abordaremos la potencialidad de esta experiencia didáctica, tanto para ser aplicada en otros ámbitos del mundo educativo, como para poner en diálogo los distintos espacios sociales de producción, reelaboración y apropiación de los discursos del pasado.

Contexto sociohistórico

Consecuencia directa de las crisis iniciadas en los años '70, nuestra atomizada sociedad actual, estructurada a partir de determinados patrones de producción y consumo, empuja a

La época de crecimiento sostenido del mundo capitalista de posguerra encontró sus límites hacia mediados de la década del '70 en un proceso de crisis que modificó sustancialmente el clima sociocultural. La aplicación de políticas económicas neoliberales a la par de la desarticulación del Estado de Bienestar significó la imposibilidad de gran parte de la población de poder acceder a bienes sociales y derechos cívicos que hasta ese momento había disfrutado. La precarización del empleo y la consecuente inseguridad de las condiciones de vida acentuadas por la falta de respuesta de los organismos tradicionales repercutieron seriamente en la construcción identitaria de las personas, en la forma de pensarse a sí mismas y en su relación con la sociedad en su conjunto. La creciente individualización y el consumo como forma nuclear de articulación social hicieron recaer en el propio sujeto, el peso absoluto de la responsabilidad del triunfo o la derrota en la vida personal. Alejando de esta manera su conexión con los fenómenos colectivos que signaron también las vidas de miles de otras personas (Mosquera y Neville, 2007). Este escenario tiene su correlato en una temporalidad desintegrada donde el pasado no puede articularse con un presente que proyecta sus temores en las incertidumbres del futuro "...es la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis" (Hobsbawm, 2003:403).

El repliegue del Estado, el fin del pleno empleo, la debilidad del matrimonio y la familia nuclear tradicional, la pérdida de la territorialidad –vecindad, barrio– como instancia primaria de integración social; expresan la descomposición y modificación de las instituciones fuertemente arraigadas en la representación del orden social.

Todos estos factores cambiantes y aún indefinidos van provocando un proceso desintegrador que lleva al auto-aislamiento, a la fragmentación del entramado comunal y a la disolución de las bases en las cuales se apoyaba la construcción de sentido previamente edificada. Esta construcción es también sacudida por el vertiginoso avance tecnológico y el consecuente impacto del mismo en las formas de comunicación y aprehensión del mundo.

La situación de liquidez y volatilidad de los proyectos de vida que otrora tenían anclaje en una situación laboral estable, en una organización familiar más definida, se traducen a escala social en la atomización de las relaciones, en la discontinuidad de las historias de vida que ya no reconocen antes y después y la consecuente incomunicación generacional.

Por lo tanto, y con este panorama, se nos hace posible observar las dificultades que pueden sufrir, tanto aquellos que elaboraron su Yo en un modelo hasta hace poco vigente, como los que por razones económicas, culturales o ideológicas se van hundiendo en las arenas movedizas de las zonas vacías que va dejando el sistema. Dentro de estos grupos se encuentran los adultos mayores.

Paralelamente y de manera paradójica, mientras el desarrollo de la realidad actual desplaza a los adultos mayores hacia diversas formas de exclusión social, asistimos a un marcado envejecimiento de la población. El aumento de las expectativas de vida, producto de los avances científicos y tecnológicos, ha generado un nuevo equilibrio en la composición etaria del mundo, elevando el número de personas de más de 60 años.

Los adultos mayores y la educación

El colectivo adultos mayores responde a una construcción sociocultural. El significado de vejez o el de juventud son productos históricos y, como tales, se van reconfigurando en el devenir del tiempo. Estas clasificaciones según la edad son formas de delimitar, de generar un orden en el cual cada quien debe ocupar su lugar (Bourdieu y Wacquant, 1995).

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, el reinado de la sociedad de consumo y el predominio de la juventud en la industria cultural marcaron las pautas de los modelos de vida e identidad. Así, se fue constituyendo como contrapartida, una representación social de la vejez asociada a las carencias, el deterioro y la inactividad. La crisis iniciada en los años 70, al desplegarse sobre los recursos materiales de los adultos mayores, contribuyó al arraigo y la permanencia de esa imagen negativa, intensificando las distancias intergeneracionales. La visión unilateral, en clave biológica y reduccionista, de la vejez como decadencia, ha elevado una serie de prejuicios que se encuentran instalados en el sentido común y de los cuales los propios viejos no escapan. Es decir, muchos se ven a sí mismos desde ese lugar, desde esa óptica; generando una falta de reconocimiento de su situación vital y acentuando la reproducción de una lógica de sometimiento, pasividad y aislamiento.

En contraposición a esta perspectiva parcial del envejecimiento, que tiende a la homogeneización y a la descalificación de la población añosa; es preciso la reconstitución del sujeto en sus múltiples dimensiones: pensar la vejez desde el sujeto que envejece y no como una categoría prefigurada. “El envejecimiento, en cuanto proceso socio-histórico o individual, es dinámico, extremadamente heterogéneo y particularmente contextualizado, tanto como para afirmar que cada uno envejece como ha vivido, como ha llevado el propio proceso existencial, singular, único, de “hacerse a sí mismo” (Tamer, 2008:95). Esta concepción de la longevidad permite vislumbrar la diversidad y complejidad que componen el colectivo de adultos mayores, como así también los diferentes y cambiantes conflictos por los que se encuentra atravesado. El género, la edad, el nivel cultural, la ubicación socioeconómica, las ideas políticas, la religión, el lugar de origen, entre otros; son elementos que congregan y disgregan, que articulan el reposicionamiento de los distintos actores sociales tanto en el interior del grupo como por fuera de él.

Considerando el contexto sociocultural y los prejuicios sociales que ligan la vejez con el aislamiento y la exclusión social; la educación aparece como una herramienta potente e imprescindible para volver a situar a las personas mayores en un espacio inclusivo. “La educación parece cumplir un papel relevante en los procesos de adaptación de los mayores a los entornos cambiantes que caracterizan nuestra contemporaneidad, otorgándoles confianza y seguridad para interactuar con las otras generaciones” (Yuni *et al.*, 2004:3).

Ahora bien, esta potencialidad será concretamente eficaz si se comprende al sujeto de la educación en un rol protagónico de su propio proceso formativo y en interacción permanente con otros sujetos. En este sentido, la educación efectúa una importante función de integración social. Al brindar nuevos recursos que ayudan a extender la mirada de la sociedad y desarrollar la capacidad reflexiva y crítica; las actividades de aprendizaje posibilitan un cambio de

posicionamiento de los adultos mayores en relación a las personas y grupos que conforman sus redes sociales, incluso desde un lugar de mayor tolerancia. Al mismo tiempo, permiten la constitución de nuevos vínculos y redes que significan nuevos espacios de pertenencia e identidad. A estos aspectos que impactan positivamente en la inserción social y en la auto-realización de los mayores se suma el fuerte valor emotivo y personal que ellos le atribuyen a las prácticas educativas, ya que muchas veces responden a intereses o deseos postergados en otros momentos de la vida.

La enseñanza de la historia en la educación para adultos mayores

Creemos que la historia como disciplina tiene mucho para aportar en todo programa de enseñanza dirigido a este sector etario. Si, como se desprende de nuestra argumentación, la educación es percibida y apropiada como un elemento principal para la recomposición de un rol activo y de una participación ciudadana plena de los adultos mayores; si, como lo hemos expuesto previamente, la marginación y las imágenes sociales de la vejez son el producto de realidades y construcciones históricas; la importancia de pensar y entender el pasado se hace evidente. Entrelazar el tiempo que hoy se presenta desperdigado y dotarlo de coherencia para que en él se asienten las distintas vivencias personales es una tarea imperante que la historia debe llevar adelante:

“tanto el estudio de las vidas individuales como el de los cambios sociales debe verse como una interrelación constante del tiempo de vida, el tiempo definido socialmente y el tiempo histórico” (Neugarten en Tamer, 2008:103).

Es preciso organizar un relato que exprese la pluralidad de voces y que a la vez las contenga. En otras palabras, las inacabadamente múltiples trayectorias y experiencias vitales solo encuentran sentido en el diálogo y la interacción, en saberse parte de un entramado en el que una no puede ser sin la otra.

De esta manera, la historia aparece como instrumento fundamental en la reelaboración de sentido, en la reconstrucción de identidades, tanto individual como colectivamente. Nos presentamos y reconocemos como sujetos a partir de la narración de nuestra propia historia y de nuestros vínculos con la historia de los otros. Es a partir de un pasado común que nos sentimos unidos y es a través de la mirada presente que buscamos reunir el pasado, para intentar reconstituir esos lazos que la dinámica social ha ido desarticulando.

Ahora bien, la búsqueda del pasado ha tenido y tiene diversas formas de exploración, como así también, diferentes discursos que lo enuncian y diferentes canales de producción y circulación. Estas divergencias responden a la variación espacio temporal, es decir, a la valorización que los distintos presentes asignan al pasado, no sin conflictos entre los actores que los configuran. Se puede plantear, siguiendo a Carretero, que existen

“tres registros de construcción social y significativa del pasado, que incorporan la identidad colectiva en la trama vital de cada individuo. La historia escolar brinda contenidos que se estructuran como narración oficial de la experiencia del pasado común, a los que se agrega una importante carga emotiva destinada a crear identificación (...) La historia académica ofrece

un saber institucionalizado dentro de las ciencias sociales, el cual nace y se constituye en función de los Estados nacionales, a los que aporta la garantía de legitimidad del pasado común que da lugar al desarrollo de la identidad (...) la historia cotidiana resignifica de modo informal parte del “saber enseñado” y parte del “saber sabio”, y lo utiliza para interpretar el presente en clave de “actualidad”.” (Carretero, 2007:39)

En la enseñanza de la historia dirigida a adultos mayores, estos tres sentidos históricos se ponen en diálogo de manera singular. Muchas personas pertenecientes a las generaciones de aquellos que hoy superan los sesenta años, han elaborado sus registros de otras épocas en clave simbólica de identidad nacional impregnados por el discurso escolar. Al mismo tiempo, por tratarse de gente de edad avanzada que ha vivido muchos de los procesos y acontecimientos que se enseñan, los mismos aparecen mediados por la forma en que fueron internalizados y encarnados en la experiencia vital. A esta fuerte presencia del componente emotivo y pasional de adquisición del conocimiento histórico, se suma una idea del “saber sabio” basada en las producciones de divulgación con pretensiones de científicismo o de “verdadera historia” que, a lo largo del tiempo y por diferentes canales, han logrado instalarse en un amplio público. El resultado ha sido la preponderancia de una historia cotidiana en términos de buenos y malos, de una historia cotidiana signada por un esencialismo nacionalista ambivalente que erigió un sistema de valores y creencias hasta naturalizarlo. El diseño de los contenidos, proyectado primordialmente desde la lógica del campo disciplinar, debe ser plausible de interpelación por estos saberes y representaciones del pasado sólidamente arraigados. La historia académica, al acercarse a las esferas populares de circulación de los conocimientos, de las cuales muchas veces se ha mantenido al margen, no puede presentarse como única voz autorizada; al contrario, para realmente contribuir al pensamiento crítico y a la reconstrucción de identidades, y así enriquecerse, debe ponerse en diálogo con aquellas interpretaciones y reelaboraciones del pasado que dotan de sentido las trayectorias individuales al incorporarlas en un relato colectivo.

Los talleres de historia para adultos mayores

Concepción.

La idea de los talleres surgió en el año 2003 ante la comprobación del creciente interés de amplios sectores de la sociedad por el conocimiento del pasado. Y también, por la constatación que la oferta para satisfacer a esa demanda no era producida generalmente por historiadores formados en las universidades.

Así, ese mismo año, se generó el proyecto y se llevó a la práctica como experiencia piloto el dictado de los Talleres de Historia en algunos de los hogares pertenecientes al programa “Hogares de Día” de la Dirección General de Tercera Edad del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. En la actualidad, los talleres se dictan en prácticamente todos los hogares y centros de actividades del programa.

Objetivos:

A partir de un tratamiento dialógico entre pasado y presente, entre las trayectorias de las experiencias personales y la historia colectiva; a través de los talleres de historia se intenta recuperar la idea de agente de los adultos mayores: que ellos mismos se sientan actores influyentes de un pasado común y participantes activos en la comprensión e incidencia de la producción del presente. Es decir, se busca comprender cómo determinados sucesos y momentos históricos repercutieron en las vidas de las personas y cómo sus vivencias han contribuido a delinear ciertos rasgos de ese pasado común. Se trata también, de reflexionar entre todos, sobre aquellas experiencias y prácticas de la vida cotidiana que reproducen la cultura, y de pensar la manera en que se han ido elaborando esas manifestaciones y en los cambios de sentido que han sufrido a lo largo del tiempo.

La instancia del taller genera un espacio de diálogo, de intercambio de experiencias, de reflexión colectiva, de integración y respeto; se trata principalmente de un momento agradable, en el cual el recuerdo y la reminiscencia no deben aparecer como meros anclajes de un pasado perdido y añorado, sino como elementos reconstitutivos del ser social de cada uno de los concurrentes al taller.

Al compartir y expresar sus vivencias e ideas, los concurrentes pueden pensarse a sí mismos como hacedores de historia, retomando a su vez, la función social de transmitir el pasado, no sólo entre sus coetáneos compañeros de taller, sino también en un marco intergeneracional, sea con el tallerista, sea en otros ámbitos o en reuniones diagramadas con otros grupos etarios.

Los Talleres de Historia tienen como objetivo mejorar la calidad de vida de los adultos mayores, brindando a éstos, la práctica permanente de un ejercicio intelectual y el estímulo de la memoria, generando la posibilidad de adquirir nuevos conocimientos, y principalmente, propiciando el desarrollo de una actividad que les permita sentirse productores del pasado, del presente y del futuro.

Por otra parte, el sentido de los talleres es abrir canales de vinculación entre la universidad y distintos ámbitos de la comunidad, generando a través de la interacción, un mutuo enriquecimiento. Los adultos mayores, actores vivos del presente y del pasado, pueden brindar elementos significativos para una reinterpretación de la historia.

Metodología:

Los Talleres de Historia para adultos mayores se dictan con una frecuencia semanal en el lapso de aproximadamente una hora. Durante el desarrollo de los mismos, el tallerista cumple el rol de proponer y presentar el tema a tratar y a la vez de coordinar la participación de los concurrentes. El promedio de asistencia es de 15 personas aproximadamente. Vale destacar que los talleres no tienen un carácter obligatorio, sino que quienes concurren lo hacen por interés y voluntad propia.

La selección de los contenidos se realiza en un marco más flexible que el de la educación formal. Como talleristas de historia de los Hogares de Día conformamos un equipo de trabajo en el cual todos tenemos participación activa en la toma de decisiones respecto a la metodo-

logía, bibliografía y temáticas a desarrollar. Estas se discuten en las reuniones semanales de talleristas que constituyen nuestro espacio de encuentro. Allí, además, intercambiamos experiencias generando nuevos conocimientos a la vez de permitir una coordinación más efectiva entre los diferentes talleres, y una permanente evaluación de nuestra propuesta.

Para todo el año establecemos un eje central que nos sirve de apoyo para la elaboración de las distintas unidades temáticas, las cuales tienen una duración de entre uno y dos meses. La elección del eje y los temas responden a las problemáticas planteadas de los adultos mayores; por consiguiente, es pertinente el tratamiento de temáticas que den cuenta de, o al menos interpelen de alguna manera, las transformaciones sufridas en el tejido social. En este sentido, por ejemplo en el programa del año 2008 nos centramos en la relación entre Estado y sociedad civil, entre lo público y lo privado, entre integración, disgregación y nuevas modalidades de pertenencia. Por supuesto, sin perder de vista, el impacto que tienen los procesos económicos en estas relaciones: el avance tecnológico, los cambios en los patrones de producción y consumo y las políticas económicas dominantes en diferentes momentos. De esta manera, a lo largo de ese año desarrollamos las siguientes unidades: El Estado Nación, Historia de la Educación, Historia de la Salud, Historia de la Familia, El mundo del trabajo, La criminalización y el delito, Los ámbitos de sociabilidad. Es importante destacar que generalmente como cierre de cada unidad se realiza alguna actividad distintiva relacionada al tema: salidas, actividad en conjunto con otra institución, proyección de películas, producciones escritas, elaboración de carteleras y boletines, etc.

Dentro de la diversidad de estrategias posibles para el funcionamiento de los talleres, se pueden extraer algunas pautas que son utilizadas de manera frecuente.

En un primer momento, el tallerista debe buscar con el acuerdo de los concurrentes un espacio propicio dentro del Hogar de Día para poder desarrollar el taller; este aspecto es de suma importancia ya que las condiciones edilicias no siempre son las más adecuadas para lograr un clima de diálogo y reflexión. A partir de este momento el tallerista puede hacer una breve introducción expositiva de la temática a analizar. También puede recurrir a la interpelación a los concurrentes sobre el conocimiento del tema. Otra forma de abordaje introductorio es a partir de algún elemento disparador como ser fotos, diarios, lectura de algún relato o alguna fuente histórica.

En un segundo momento, se propicia la intervención de los concurrentes, que a través del recuerdo, de anécdotas, de experiencias propias o ajenas, de los conocimientos adquiridos en la escuela; van modelando esquemas de apreciación diferentes. Aquí, el tallerista, con sus herramientas académicas, debe brindar un marco del contexto colectivo que articule esas vivencias y miradas particulares.

De esta manera se pueden ir introduciendo varios acontecimientos y temas vinculados sin perder el eje central, apelando al procedimiento anteriormente detallado.

Por último, ese intercambio de experiencias y opiniones dentro de un trasfondo común deberá llevar a una etapa de reflexión individual y colectiva para hilvanar algunas conclusiones o abrir nuevas preguntas que nos permitan repensar el pasado y su relación con el presente.

Otro aspecto a destacar de la metodología de los talleres es la oralidad. Esta característica juega un papel protagónico en la dinámica del taller, ya que ella es la herramienta a través de la cual interactúan los sujetos. La oralidad permite cierta flexibilidad que lo escrito por definición excluye, y es que a través del habla los distintos discursos al encontrarse logran reconfigurarse a través, porque no, de negociaciones, de distintas estrategias para hablar del pasado en forma grupal y con experiencias de vida tan diversas. El discurso oral, creemos, descentra el texto escrito del discurso histórico, quebrantando su rigidez, posibilitando la visibilidad de su permanente reelaboración y (re)creación, permitiendo además la participación de otras voces que muchas veces no se incluyen en los grandes relatos.

Los desafíos para el tallerista son múltiples, ya que tiene que manejarse entre la disciplina que él representa ante los demás y la afluencia de relatos en bruto que provienen de tradiciones, de creencias, de aprendizajes, de imaginarios, etc.

En los talleres se percibe generalmente la necesidad y la gratificación de traer al presente tiempos pretéritos. Se ejercitan la memoria y los conocimientos previamente adquiridos, y se aprende de los relatos, ideas y acciones de los otros. Pero, por supuesto, como no todos son iguales, como no todos piensan ni han vivido lo mismo, aparecen siempre situaciones de disenso. La diversidad de opiniones y el respeto por cada una de ellas hacen una de las claves más enriquecedoras de la dinámica del taller. Como aquí no se trata de convencerse el uno al otro ni de imponer ideas o puntos de vista, sino de expresar las sensaciones, las percepciones y las representaciones que cada cual tiene de la realidad; todas las voces son igual de valiosas, todas contribuyen en igual medida a la construcción del sentido. Y es así porque, aunque no nos demos cuenta, todos hemos sido actores protagonistas del pasado, y todos somos participantes activos en la comprensión e incidencia de la producción del presente.

De esta manera el sentido recreativo se materializa en su doble carácter. Por un lado, aquel que tiene que ver con el placer y el disfrute, y por el otro, el que recrea el pasado al hacerlo presente.

La historia académica y la experiencia de vida

La dinámica pedagógica de los talleres no se puede caracterizar como una mera “bajada” de contenidos o como una “divulgación mecánica” sino que los temas propuestos y desarrollados por el tallerista a partir de una orientación académica se ven interpelados por las distintas visiones de los concurrentes. De esta manera, en la propia lógica del taller, el pasado se corporiza en el presente desde múltiples tramas discursivas sometiendo la narrativa especializada a una permanente reconsideración y reelaboración. Esto no significa desvalorizar el lenguaje científico, sino por el contrario, contribuir a su vitalidad o humanización, revalorizando e incorporando las voces que en muchas ocasiones no son escuchadas.

Es que a partir de la constitución de un campo académico y la creciente profesionalización de la disciplina, se ha ido generando un distanciamiento entre el ámbito institucionalizado de producción del conocimiento histórico y los distintos saberes acerca del pasado que

circulan socialmente. El hiato, así conformado, ha dado lugar a caminos paralelos cada vez más separados, dejando en su interior espacios vacíos que fueron apropiados por aquellas reconstrucciones del pasado que, careciendo de rigor científico, contribuyen a consolidar ciertos tópicos identitarios anclados en el imaginario social. Aparecen entonces, trabajos de periodistas, de ensayistas o de otros actores vinculados a la historia que, a través de distintos formatos, aprovechando principalmente los medios masivos de comunicación, se instalan como relatos autorizados y principales referentes para amplios espectros de la sociedad que, a partir de fines de la década del 90 y principalmente desde la crisis de 2001-2002, van a acrecentar sus demandas sobre la interpretación del pasado en una nueva búsqueda de verdades históricas que den respuestas a las difíciles situaciones presentes. Como hemos detallado anteriormente, en este marco donde cada vez se mira más hacia tiempos pretéritos, los Talleres de Historia para adultos mayores como forma original de enseñanza, divulgación y reelaboración de la historia intentan disminuir la distancia entre el saber académico y los demás saberes que circulan socialmente poniéndolos en diálogo.

La reflexión que nos ha motivado la experiencia de los Talleres de Historia con respecto a nuestra disciplina es vislumbrar sus limitaciones para poder incluir otras voces o discursos en su esfera. La problemática que se descubre en el taller es cómo se escribe la historia desde los campos profesionales y cómo se vivió, o cómo se aprehendió el pasado desde distintas fuentes y tradiciones. Los adultos mayores, muchas veces herederos de una escolarización que, en el caso de la enseñanza de la historia, ponía el énfasis en lo nacional vuelcan en el taller esta forma de abordar el pasado, sobre todo cuando se habla de fechas patrias o de cuestiones que involucran a próceres; sin embargo, también demuestran una interesante flexibilidad para poder ver otros aspectos del pasado aún cuando esto embista con saberes adquiridos y apreciados.

Pero donde resulta más interesante indagar es cuando los temas históricos tratados son contemporáneos a la vida de los concurrentes. Ahí es cuando la dialéctica entre el saber académico y la experiencia de vida encuentra su punto más fuerte, el recorrido del temario entra en una suerte de aventura que atraviesa los más diversos testimonios, vivencias en bruto, recuerdos, aprendizajes, que es preciso conjugarlos de alguna manera en la dinámica del taller, que si bien se caracteriza por su amplitud y apertura, también busca construir algo orgánico. La continuidad que sigue subyaciendo a todo relato histórico se encuentra en el taller con la discontinuidad de las experiencias personales, es este punto donde la reflexión historiográfica es pertinente. Las nociones de temporalidad que están presentes en la mayoría de la literatura histórica están determinadas por las reglas de la narración que muchas veces condicionan la estructura del relato e imposibilitan la diversidad de situaciones que se desarrollan en los momentos históricos. Si bien la historia oral o algunas ramas de la historia cultural han tratado temas similares la cuestión sigue abierta, aunque los grupos de los que se han hecho historia no se restringen a las aristocracias y son muchos los que se han historizado, experiencias como los talleres demuestran que la historia puede seguir abriendo sus filas y ser más diversa.

Conclusiones

Como hemos intentado expresar en esta ponencia, uno de los aspectos más relevantes de las prácticas y la experiencia de los Talleres de Historia para adultos mayores es la multidireccionalidad en la construcción del sentido y del conocimiento histórico. En esta característica subyace también una forma de entender los procesos de enseñanza/aprendizaje, una forma en la cual ningún saber asume el monopolio de la “verdad”, una forma que lleva intrínsecamente el reconocimiento del otro, una forma que interpela a todos los actores del proceso educativo promoviendo la interacción y el intercambio de conocimientos. Una forma que imprime a los talleres la potencialidad de poder ser aplicado en distintos ámbitos institucionales y de la sociedad civil. Incluso, sostenemos que muchos aspectos de su modalidad pueden brindar un importante aporte a la enseñanza de la historia en el ámbito de la educación formal. Respetar las experiencias vitales, las identidades, los saberes aprehendidos; convertir el espacio áulico en un espacio de diálogo, de conversación y de producción reflexiva; repensar los contenidos en función a las múltiples realidades; son algunas de las contribuciones que, siempre y cuando se tenga en cuenta las características de los grupos y actores sociales, el modelo del taller puede proveer a la escuela media.

Creemos que la disciplina histórica instrumentada con la dinámica que llevan a cabo los talleres aproxima a ésta a los destinatarios de manera muy pronunciada. Las conexiones que se producen en esta actividad, por un lado podrían resolver las demandas sociales de conocimiento histórico y, al mismo tiempo, satisfacer el deseo de algunos profesionales de vincular su ciencia con lo social. Los tiempos que corren plantean nuevos roles a las instituciones productoras de conocimiento. La desintegración social que hemos descrito, para poder ser superada, requiere, además de ciertas bases que democratizan la economía, una democratización de los conocimientos necesarios para la vida social y para el desarrollo de una plena participación de la ciudadanía que consolide el sistema político democrático.

Notas

¹ Se considera Adulto mayor a toda persona de 60 años en adelante.

² El Programa Hogares de Día se inició en el año 1989. Cuenta actualmente con veintidós Hogares de Día, cuatro Clubes de fin de semana y dos Centros de Actividades. Los Hogares de Día de la Ciudad de Buenos Aires son centros donde asisten personas mayores de 60 años autoválidas, que funcionan los días de semana de 9 a 16 hs. Allí se realizan distintos talleres y actividades, entre los que se encuentran los talleres de historia.

Bibliografía

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995): *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, Grijalbo, México.

Carretero, M. (2007): *Documentos de identidad*, Paidós, Buenos Aires.

Hobsbawm, E. (2003): *Historia del Siglo XX*, Crítica, Buenos Aires.

Mosquera, H. y Neville, J. (2007): “El pasado, la memoria y la historia. La experiencia de los talleres de historia con adultos mayores en la ciudad de Buenos Aires”, en *XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Tucumán.

Tamer, N.L. (2008): “La perspectiva de la longevidad: un tema para re-pensar y actuar”, en *Revista Argentina de Sociología*, Vol. 6, n° 10, junio.

Yuni, J., Urbano, C. y Tarditi, L. (2004): “La educación como recurso para la integración social de los adultos mayores”, *Primer encuentro de formadores de adultos mayores*, UNC, Córdoba.